



La permanente inmutabilidad del libro y la lectura

Josefina Peña González

Universidad de Los Andes, Facultad de Humanidades y Educación. Postgrado de Lectura y Escritura
Mérida, Venezuela. E-mail: finapg@cantv.net

Recibido: 08-01-2007 Revisado: 10-02-2007

Cuanto se haga a favor del libro
se habrá hecho a favor del hombre,
de lo más humano que hay en el hombre.

Anónimo

Resumen

El contenido del artículo se propone mostrar, a grandes rasgos, la historia del libro y su permanencia en el tiempo. Se alude a los diferentes soportes que han sido utilizados desde la antigüedad hasta nuestros días para plasmar ideas, pensamientos, experiencias y deseos para que posteriormente sean 'leídos'. Se señala a padres y docentes la importancia de acercar a sus hijos y alumnos a la lectura, no sólo la que nos ofrecen los libros sino también aquella que podemos hacer de la realidad. Se habla de la acción transformadora que lleva implícita la lectura, así como de las diferentes opciones que nos ofrece para crecer y ser diferentes.

Palabras clave: Lectura, Inmutabilidad, Acción transformadora

Abstrac

This article tries to show in a broad way, the book story and its continuance in time. The different methods that have been used since the ancient times to nowadays are mentioned. In order to make real the ideas, thoughts, experiences and wishes that attempt to be read. It is pointed out, especially to parents and teachers, the importance of getting their children and students closer to the reading process, not just the one found in books but also the one that we can make from reality. The transformer action that reading has in an implicit way, is treated as well as the different options that are offered to us with the idea of growing up and being different in a personal level.

Key words: reading, non-mutability, transformer action.

Con relativa frecuencia en el ámbito académico, pero también en el familiar y social oímos la expresión “Mis alumnos no leen, mis hijos rechazan la lectura” acompañada de la pregunta ¿qué me recomienda para que mis hijos o mis alumnos lean? Esta preocupación es una constante entre educadores y padres. Nos atrevemos a decir que no existen fórmulas mágicas para responderles, pero también, con absoluta certeza, podemos afirmar que no hay recomendación más plausible que decirles a esos padres o maestros: lean con ellos, lean para ellos, sirvan de modelo de lectores, pongan en las manos de sus hijos o alumnos libros o déjenlos al descuido por cualquier lugar donde esos pequeños e incansables exploradores los puedan descubrir, porque como bien lo dice Pennac (1995) “El verbo leer no tolera el imperativo. Es una aversión que comparte con algunos otros verbos amar... soñar”. (p. 11). Amar y soñar, al igual que leer, no se pueden imponer. Si por alguna razón nuestros niños y jóvenes se resisten a leer, como padres y educadores nos debemos plantear muchas otras preguntas, como por ejemplo, ¿será que el tema no les interesa? ¿Será que el formato les causa rechazo? ¿Será que las imágenes son muy crudas y les traen malos recuerdos? ¿Será que el contenido del texto está muy alejado de sus conocimientos y experiencias previas?

Como respuesta a algunas de estas preguntas plasmaré una anécdota de mi aprendizaje de la lectura, la cual fue el motivo en el que me inspiré para el título de este artículo. Hace mucho tiempo, por supuesto, estaba incursionando en el *Novísimo libro segundo de lectura* de Fuenmayor, en él llegué a una oración que decía “Molidos todos los huesos empapados de sudor”, de ahí nunca pude pasar, aquella imagen llevada a palabras o, aquellas palabras llevadas a mi propia representación mental me causaba aversión, me quedaba paralizada al lado de la maestra que ‘me tomaba la lección’ y ella invariablemente decía *—vuelva a su pupitre, usted no sabe leer*. Esta simple expresión me excluía de la fortuna de un progreso, me suprimía los inconvenientes del esfuerzo y me negaba la posibilidad del éxito. ¡Qué feliz me sentía cuando volvía a mi pupitre! Allí podía pasar la página y no continuar esa lectura. A la distancia que impone el tiempo, descubrí que esa imagen me recordaba una experiencia nada grata: la de haber sido obligada a mirar un osario en el cementerio del pueblo en donde transcurrió mi infancia.

Ya era largo el tiempo que la maestra me solicitaba la misma lectura, pero frente a ella no avanzaba. Afortunadamente, llegaron unas vacaciones, al regresar a clases y pasar a ‘dar la lección’ salté esa lectura. La maestra se quedó sorprendida, pero nunca me preguntó la causa de mi paralización anterior, nunca me pidió que leyera de nuevo aquel pasaje, tampoco yo supe que más decía. Hasta el momento de estar preparando este artículo y hacerle referencia a mi hermana de esta anécdota no volví a ver el libro. Ella lo guarda como un tesoro, fue el segundo libro de ‘aprendizaje de la lectura’ que tuvimos en nuestras manos. En esta oportunidad tomé el libro e hice la lectura, la cual transcribo a continuación:

En el Campo

Molidos todos los huesos
Empapados de sudor,
Con un sol abrasador
Que le derriete los sesos,

Allá va Blas derrengado
Hace seis horas o más
Sin hallar el pobre Blas
Las perdices que ha soñado.

Cazador impenitente
Sigue adelante... adelante,
Hasta que ya jadeante,
Se sienta junto a una fuente

— ¡Pues señor, cosa más rara!
¡Esto tiene mal cariz!
No se encuentra una perdiz
Por un ojo de la cara

Dicho esto se levantó
Y aunque con algún trabajo,
Echó Blas por el atajo
Y a la laguna llegó.

Lanza el chucho sin recelo
Al fangoso espadañal,
y con placer sin igual
Ve Blas que remonta el vuelo

Una hermosa gallineta;
Va a tirar, y ¡OH, suerte impía!
¡Al infeliz se le había
Olvidado la escopeta!

Vital Aza



He aquí plasmada la inmutabilidad del libro y la lectura, ni el uno ni la otra han variado, están indelebles en el tiempo, sus pasajes son los mismos, su formato se conserva, la que cambió fui yo. El docente no debería permanecer indiferente frente al problema del silencio ante la lectura, lo debe analizar para tratar de hacer de la lectura y del uso del libro una actividad agradable, placentera y lograr, por parte de sus alumnos, un aprendizaje significativo.

Para sorpresa de las generaciones cibernéticas, los primeros libros consistían en planchas de barro que contenían caracteres o dibujos incididos con un punzón. Las primeras civilizaciones que los utilizaron fueron los antiquísimos pueblos de Mesopotamia, entre ellos los sumerios y los babilonios (Brookfield, s/f).

Posteriormente, para llevar cuentas, registrar acontecimientos y conservar relatos, los egipcios, griegos y romanos utilizaron el papiro —un material parecido al papel, que se extraía de los juncos del delta del Nilo—. Se elaboraban tiras que se enrollaban alrededor de un palo, éstas eran baratas, fáciles de confeccionar y de excelente superficie para la escritura, pero eran frágiles. El texto se escribía con una pluma también de junco, en densas columnas y por una sola cara, se podía leer desplegando el rollo. En el Museo Británico de Londres se conserva una de estas tiras de 40,5 metros de longitud (Brookfield).

Goodman (1984) señala que la lectura es una extensión de la memoria humana, y esto las civilizaciones antiguas lo sabían. Yo pienso que los acontecimientos, hechos, ideas, sentimientos y emociones que no podemos almacenar en la memoria, los plasmamos en el papel para que siempre estén presentes y a nuestro alcance. Los libros son inmutables, los reinventamos, los reconstruimos, pero ellos permanecen idénticos, son fieles. Civilizaciones como las de Atenas, Alejandría y Roma fueron grandes centros de producción de libros y los exportaban a todo el mundo conocido en la antigüedad. Sin embargo, el copiado a mano, que era el que se usaba, era largo y costoso, lo que hacía que predominara un criterio selectivo, porque sólo los templos y algunas personas ricas o poderosas los poseían (Brookfield).

Pero esos testimonios quedaron para las generaciones posteriores, una razón más para afirmar que los libros son la memoria de la humanidad y ningún medio podrá sustituirlos, porque no necesitan

sino de nosotros mismos para estar a nuestra disposición. En ellos ‘la información no se nos pierde’, no necesitan sino de la intención de cada uno para alcanzarlos. Adquirimos un libro y lo tenemos en casa, vamos a una biblioteca, a una librería y los libros siempre están ahí, nunca más cerca ni más lejanos, la distancia entre ellos y nosotros la colocamos nosotros mismos. Al respecto Ontiveros (1997) señala al referirse al libro:

Siempre está dispuesto para nosotros, a la hora que lo requiramos y no se molesta en lo absoluto por el sitio que escojamos, aunque sea el más inverosímil, para ponernos en contacto, a través de la lectura, con los espíritus que ya sabemos se liberan al abrirlo. Y si algún día, por desgracia, lo abandonamos, lo regalamos o lo tiramos al cesto de la basura, no profiere ni la más leve queja. Sólo espera, entonces, que por alguna razón se nos haga necesario precisar alguno de sus contenidos, invocar de nuevo algunos de sus espíritus, para reírse de nosotros. (s/p)

Un libro puede ser nuestro compañero de viaje, el amigo que nos acompaña en las interminables horas de espera a una consulta médica, comparte nuestras noches de insomnio, nuestra soledad, lo podemos llevar en la cartera, en nuestro maletín o, simplemente, en la mano. Un ejemplo para ilustrar esta afirmación lo encontramos en la obra “El diario de Ana Frank” traducido a numerosos idiomas, cuyo contexto es la II Guerra Mundial, escrito entre 1942 y el 4 de agosto de 1944, última fecha anotada, (nueve meses antes de terminada la guerra) en su página 87 se lee:

Miep parece mula de carga. No hace más que transportar paquetes... Cada sábado llega puntualmente *con cinco libros de la biblioteca*¹, que nosotros esperamos toda la semana con impaciencia, como niñitos esperando un juguete. *Las personas libres jamás podrán concebir lo que los libros significan para quienes vivimos encerrados*². Leer, aprender, y la radio... Esa es toda nuestra distracción.

Parafraseando a Ontiveros podemos decir que el libro es mágico. Su naturaleza deviene en magia. Tiene el poder de transformarnos. ¿No se han encontrado cuando releen un libro que en esta nueva lectura le interesan aspectos que habían pasado por alto o que habían seleccionado lo que en ese momento podían, querían o necesitaban seleccionar y que en esta nueva lectura esos aspectos dejaron de ser lo primordial? Penac (1995) dice “... releemos por el placer de la repetición” (p. 154), pero también afirma que “... las relecturas de adultos tienen que ver con ese deseo: encantarnos con la permanencia y descubrirla todas las veces igualmente rica en nuevas maravillas”. (p. 159). Esto quiere decir que la lectura de ese libro modificó lo que pensábamos, creíamos o queríamos, que regresamos a ella transformados y en esa transformación jugó papel importante la lectura que hicimos, no sólo del libro sino también de la realidad, cambiamos en nuestra manera de ser, sentir y pensar, porque nuestros esquemas conceptuales se van modificando enriqueciéndose, por eso afirmamos que la lectura es formativa y también liberadora de nuestra ignorancia y, muchas veces, de nuestras posturas equivocadas ante el mundo.

Al abrir un libro, es como si una puerta se abriera ante nosotros para ponernos en contacto con mundos inimaginables. Esa puerta nos permite transitar los caminos de la historia, adentrarnos en los avances científicos y tecnológicos, aventurarnos por senderos inusitados, por caminos rectos y serpenteados, por valles y colinas, por castillos y palacios, por ilusiones y desengaños, por mundos nunca soñados... y esto ha sido así desde el comienzo, desde que apareció sobre la faz de la Tierra el primer libro.

También resulta mágica su lealtad. Podemos abandonarlo, pero él no nos abandona a nosotros, siempre está disponible para un reencuentro con el lector. Se adapta a nuestros propios cambios que se producen por razones de edad, madurez, conocimientos adquiridos y nuevas responsabilidades.

Hoy ha entrado en escena otro soporte de lo escrito, con el cual siempre comparo el libro, es el texto electrónico, pero, a diferencia del libro, requiere de una serie de condiciones especiales para entrar en uso y cumplir su función: un espacio

adecuado, no cualquiera; una mesa y una silla; electricidad; conexión a programas que ofrecen diferentes compañías. Pero, sea uno u otro soporte, la naturaleza del libro deviene en magia e inmutabilidad. Tiene el poder de transportarnos, pero también de transformarnos.

Es así como llegué a la mágica evolución de su soporte, para encontrarme con que el barro dio paso al papiro y éste al pergamino y a las pieles secas de animales, estos dos últimos no presentaban tantos problemas de conservación como los papiros. Los utilizaron los persas y los hebreos, pero fue el rey Eumenes de Pérgamo el que más fomentó su utilización, en el siglo II a. C. En el siglo IV d. C. se había sustituido casi por completo al papiro como soporte para la escritura.

Los incómodos rollos de papiro fueron suplantados por los códices (en latín “libro”) antecedente directo de los actuales libros. La palabra código forma parte de muchos manuscritos antiguos, en especial de muchas copias de libros de la Biblia.

Por eso repetimos, entonces, sin temor a cometer un exabrupto, que también es mágica e inmutable su lealtad, su fidelidad, en su silenciosa presencia espera por el lector. He aquí la pertinencia del ejemplo de la lectura del libro de Fuenmayor. Regreso con el tiempo a ella, allí están inmutables el libro y la lectura, ahora puedo leer el texto con una sonrisa, y compruebo que la que cambió fui yo...

Pero, cómo hacer que el alumno descubra esta magia, la soledad compartida que ofrece la lectura, los libros como compañeros de los sentimientos que a medida que transitamos por la vida se vuelven tan diversos y a veces tan confusos, si ha tenido un docente como guía u otro mediador en ese proceso. Es difícil, aunque no imposible, descubrirlo solo. Aquí aparecen y cobran fuerza las importantes e imprescindibles figuras del docente y la familia. Él y los padres son mediadores por excelencia, con los que niños, adolescentes y adultos pueden compartir las lecturas de los libros y de la realidad.

Si no, ¿cómo descubrir que la lectura podemos hacerla sobre todo lo que nos rodea, no sólo sobre el texto escrito, sino

también sobre la cara de un niño, la mañana empañada por la neblina presagio de un día lluvioso y frío, el ceño fruncido de un amigo cuando ha sido herido en su fuero interno, la mano amiga y solidaria que nos arroja en momentos de dificultad, el gesto fraterno de un ser querido cuando nos recibe después de una larga ausencia, la sonrisa triste que acompaña las despedidas? En todas estas situaciones y en muchas otras subyace una lectura. Una lectura superficial y otra profunda.

En el ámbito social se pueden palpar las consecuencias de las omisiones que se hacen con respecto a la lectura en la escuela y la familia (léanse maestros y padres), lo afirmo en el sentido de que muchos ciudadanos desconocen que toda la realidad que nos circunda nos ofrece una lectura y que toda nuestra vida social y de relación está normada y plasmada en la escritura, que existe una Constitución Nacional, una Ley del Trabajo, de Educación, de Universidades, de Tránsito,...

De allí que en muchas situaciones en las que un ciudadano omite un comportamiento o muestra otro que no es el adecuado, no debemos juzgarlo tan rápidamente, podría ser por desconocimiento, por esta razón es decisiva la imagen de la instrucción que inculquen al individuo quienes configuren significativamente su visión del mundo durante sus años más impresionables, más plásticos, más moldeables. Durante los años tempranos de la formación de la personalidad, de la construcción de las bases en las que vayan asentándose cada vez nuevos significados, nuevas representaciones mentales, ni el niño ni el adolescente perciben las realidades sobre la base de una apreciación racional y crítica de su valor objetivo ni de sus consecuencias positivas y enriquecedoras.

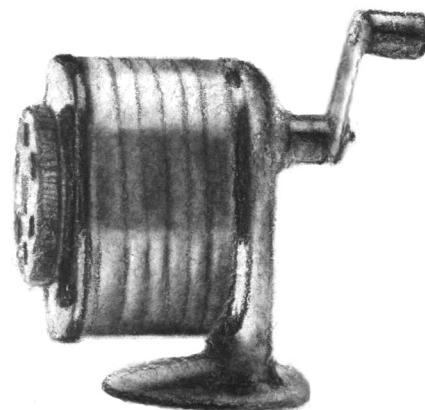
Para finalizar, convoco al lector de este humilde homenaje al libro y a la lectura a que se convierta en lector autónomo, a luchar por el libro y la lectura, a llevar a nuestros espacios de acción el entusiasmo por preservar el libro, por leer no solamente el libro, sino también la realidad que nos circunda, de esta manera podremos tener cada vez *más intuición, más valor, más paciencia y más alegría* los cuatro preciados regalos que recibió *Arcalía la gran tejedora*, obra escrita por la profesora Pilar Quintero y que representada magistralmente por el

grupo de teatro de Rómulo Rivas dio inicio a la 7ª FERIA Internacional del Libro Universitario. Recapitulando, podemos decir que primero fue la oralidad, muy pronto el hombre sintió la necesidad de perpetuar los hechos trascendentales, sus hazañas, sus tristezas, la libertad del amor, y el extraño misterio de la vida y de la muerte y entonces inventó la maravilla de la escritura sobre barro, sobre papiro, sobre pergamino y pieles de animales, sobre madera, sobre cemento, hasta que inventó la magia de la imprenta (1456) y ahora el hipertexto.

He aquí esta breve reseña del libro. La lectura me ha permitido adentrarme por los intrincados caminos de su historia, recorrerla para compartirla con los lectores potenciales de este artículo para no olvidar que al decir de Unamuno (1864-1936):

“Todo lo que ha pasado en la historia termina convertido en libro”

Hoy pienso y declaro que debemos inventar cómo hacer de la lectura y del uso del libro una actividad agradable, placentera, enriquecedora, analizar lo que vamos descubriendo en la palabra escrita para salir del silencio, estando en el silencio mismo y hacer que la memoria no se olvide, sino que se eternice, que sea el cimiento para el progreso, con profundo conocimiento del presente y que sirva de puente entre el porvenir y la ofrenda generosa que el pasado nos ofrece.



BIBLIOGRAFÍA

Brookfield, K. (S/F). *La escritura*. Madrid: BIBLIOTECA VISUAL ALTEA.

Goodman, K. (1984). El proceso de lectura: consideraciones a través de las lenguas y del desarrollo. En E. Ferreiro y M. Gómez Palacio (Comps.), *Nuevas perspectivas sobre los procesos de lectura y escritura* (pp. 68-92). México: Siglo XXI Editores.

Ontiveros, E. (1997). *La magia del libro*. Mérida: Universidad de Los Andes. Consejo de Publicaciones.

Pennac, D. (1995). *Como una novela*. Santa Fe de Bogotá: Norma.
(Footnotes)

1 Remarcado de la autora de este artículo

2 Remarcado de la autora de este artículo

* Este trabajo se inscribe dentro de un Proyecto de Investigación financiado por el CDCHT-ULA. Mérida
Código: H-934-05-04-A